

4

Artículos selectos



José Manuel Sánchez Caro

Biblia e Iglesia

Libro santo, vivo, clásico

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA

verbo divino

BIBLIA E IGLESIA

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA
ARTÍCULOS SELECTOS

04

José Manuel Sánchez Caro

BIBLIA E IGLESIA

Libro santo,
vivo, clásico

eva

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© José Manuel Sánchez Caro
© Editorial Verbo Divino, 2025
© Asociación Bíblica Española, 2025

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Composición: José María Díaz de Mendivil Pérez

Impreso en España – *Printed in Spain*
Impresión: Liber Digital, Casarrubuelos (Madrid)

Depósito legal: NA 562-2025

ISBN: 978-84-1063-101-4

ISBN Ebook: 978-84-1063-102-1

Cualquier forma de explotación de esta obra, en especial su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Presentación.....	17
Fuente de los capítulos.....	21
Siglas y abreviaturas.....	25

I. SOBRE LA NATURALEZA DE LA BIBLIA

1. QUÉ ES LA BIBLIA.....	29
1. Un libro imprescindible de cultura.....	30
2. Memoria del pasado e invitación a vivir.....	32
3. Libro sagrado y norma de vida.....	35
4. Libro inspirado y canónico.....	37
<i>El misterio de la palabra humana</i>	39
<i>El misterio de la palabra de Dios</i>	42
<i>El misterio de la palabra inspirada</i>	46
<i>El misterio de la Escritura inspirada</i>	51
<i>El misterio de la lectura inspirada</i>	52
5. Final.....	54
2. APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DEL CANON BÍBLICO.....	57
1. Introducción: una nueva actitud.....	57
2. El canon de la Biblia hebrea.....	61

3. El canon cristiano del AT.....	69
4. El canon del Nuevo Testamento.....	71
5. Reflexión final.....	76
3. UN TESTIMONIO CLÁSICO SOBRE LA INSPIRACIÓN Y EL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO: EL LIBRO CUARTO DE ESDRAS (14,1-50).....	79
1. Sobre los orígenes y formación del canon judío.....	80
2. Esd 14, datos generales.....	87
3. Versión de 4 Esdras 14.....	91
<i>Introducción y aviso del Señor a Esdras: se acaba el tiempo</i>	92
<i>Plegaria de Esdras pidiendo restaurar las Escrituras</i>	93
<i>Respuesta de Dios a la plegaria de Esdras</i>	94
<i>Discurso de despedida de Esdras antes de reescribir la ley</i>	94
<i>Reescritura de la ley</i>	95
<i>Final</i>	96
4. Algunas notas en clave de historia del canon.....	96
<i>Esdas, nuevo Moisés</i>	96
<i>Inspiración</i>	100
<i>Los caracteres cuadrados y la inerrancia</i>	101
<i>El contexto social de la inspiración</i>	102
<i>Veinticuatro libros</i>	103
<i>Setenta libros</i>	104
5. A modo de conclusión o resumen.....	108
4. LA BIBLIA DE QUMRÁN. TEXTO, CANON, AUTORIDAD, INTERPRETACIÓN Y VIDA.....	111
1. Manuscritos bíblicos en Qumrán.....	112
2. El texto bíblico según los manuscritos de Qumrán.....	115
<i>Libros bíblicos y sus manuscritos</i>	116
<i>Algunas conclusiones</i>	120
3. La cuestión del canon.....	123
<i>Concepto de Escritura</i>	124
<i>El procedimiento de los escribas: tradición y creatividad</i>	125
<i>Ley y profetas, unidad reconocida</i>	126
<i>Las fronteras entre lo bíblico y lo no bíblico</i>	129
<i>El modo de citar autorizadamente la Escritura</i>	133
<i>Conclusiones</i>	134

4. Interpretación de la Biblia.....	136
<i>Diversos tipos de interpretación</i>	137
5. Biblia y vida.....	141
<i>Criterios de lectura e interpretación: Biblia para la vida</i>	143

II. LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA

5. LA LECTURA CRISTIANA DEL ANTIGUO TESTAMENTO. REFLEXIONES HERMENÉUTICAS SOBRE UNA CUESTIÓN CLÁSICA.....	149
1. El problema.....	149
2. Datos de la historia.....	151
3. Presupuestos para una lectura cristiana del Antiguo Testamento	158
<i>Único Dios, única economía</i>	159
<i>Unidad y discontinuidad entre AT y NT</i>	159
<i>Dar razón de los métodos clásicos</i>	161
4. Propuesta de lectura cristiana del AT.....	161
<i>Las propuestas anteriores</i>	161
<i>Algunas aportaciones de la constitución Dei Verbum</i>	163
<i>Reflexión hermenéutica</i>	165
5. Conclusión: observaciones para una metodología.....	167
6. LA LECTURA ECLESIAL DE LA BIBLIA.....	171
1. El Espíritu con que fue compuesta: la Escritura, libro de la Iglesia.....	172
2. El Espíritu con que ha de ser leída: lectura eclesial de la Sagrada Escritura.....	178
<i>Lectura eclesial de la Sagrada Escritura según san Ireneo</i>	179
<i>En la escuela de los presbíteros</i>	180
<i>Con el mismo espíritu de los profetas</i>	182
<i>Según la regla de la verdad</i>	183
<i>Lectura eclesial de la Sagrada Escritura según la constitución Dei Verbum</i>	187
3. Lectura eclesial de la Biblia y vida de la Iglesia.....	193
4. A modo de conclusión.....	201

7. CRITERIOS DE INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA EN LA IGLESIA. A PROPÓSITO DEL DOCUMENTO DE LA PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA SOBRE LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA EN LA IGLESIA	203
1. Una anécdota y un problema real	203
2. Explicación de términos	205
3. Aportaciones de un documento	207
<i>Sobre teoría hermenéutica</i>	210
<i>Sobre los sentidos bíblicos</i>	211
<i>Sobre hermenéutica católica</i>	215
4. Principios antes de los criterios	217
<i>El principio de la encarnación</i>	217
<i>El principio de la iluminación del Espíritu</i>	221
5. Criterios de interpretación de la Biblia en la Iglesia	222
<i>Criterios derivados del principio de la encarnación</i>	222
La precomprensión básica	222
La palabra humana de la Biblia	223
La intención del autor	224
Sobre el uso de los métodos bíblicos científicos	226
<i>Criterios derivados de la lectura en el Espíritu</i>	226
El contenido y unidad de la Escritura	226
La Tradición viva de toda la Iglesia	228
La analogía de la fe	228
Sobre la actualización de la Escritura	229
<i>Una palabra sobre el Magisterio de la Iglesia y la lectura de la Biblia en la Iglesia</i>	230
6. Conclusión	231

III. ESCRITURA Y TRADICIÓN

8. LA PALABRA DE DIOS, FUENTE Y ORIGEN DE LA TRADICIÓN Y LA ESCRITURA. COMENTARIO A VERBUM DOMINI 6-21	235
1. Dios Padre abre el diálogo con sus hijos (nn. 6-10)	237
2. Dios Hijo es la Palabra encarnada y definitiva de Dios a los hombres (nn. 11-14)	244
3. Dios Espíritu Santo nos abre a la Palabra de Dios en la Iglesia (VD 15-19)	250

4. Epílogo: Dios Padre, fuente y origen de la Palabra y del silencio (VD 20-21)	262
5. Final: algunos temas teológicos de interés	265
9. LA SAGRADA ESCRITURA EN EL DIÁLOGO ECUMÉNICO CATÓLICO-PROTESTANTE	269
1. La historia	269
<i>Concilio de Trento</i>	270
<i>Contrarreforma</i>	271
<i>Ilustración y Vaticano I</i>	273
<i>De la crisis modernista al movimiento ecuménico</i>	274
2. Cuestiones para el diálogo	276
<i>Naturaleza de la Sagrada Escritura</i>	276
<i>Escritura y Tradición</i>	278
<i>Canon bíblico</i>	279
<i>Interpretación de la Escritura</i>	281
<i>Versiones bíblicas</i>	283
<i>Final</i>	283

IV. LECTURAS DE LA BIBLIA

10. LA BIBLIA, LIBRO DE LA IGLESIA, LIBRO DE LA HUMANIDAD	287
1. La reivindicación de la Biblia como libro de la Iglesia	289
2. Reivindicación de la Biblia como libro de cultura	298
3. La Biblia, libro de Iglesia	303
4. La Biblia, libro de cultura	308
5. Algunas cuestiones para terminar	311
11. LECTURA FUNDAMENTALISTA DE LA BIBLIA	315
1. Fundamentalismo: terminología e historia	315
2. Algunos estudios sobre el fundamentalismo	317
3. El fundamentalismo bíblico	324
4. Fundamentalismo, integrista y exégesis conservadora	327
5. Implicaciones del fundamentalismo bíblico	331
<i>Concepción de fondo sobre la revelación y la Biblia</i>	331
<i>La razón al servicio de la inteligencia de la Biblia</i>	332

<i>La Iglesia como ámbito de lectura de la Biblia</i>	334
<i>Peligro de sectarismo</i>	335
6. Fundamentalismo bíblico e Iglesia católica.....	336
7. Conclusión.....	340
12. LA BIBLIA, LIBRO PARA LA CATEQUESIS.....	343
1. Introducción.....	343
2. Una breve pero necesaria incursión histórica.....	343
<i>La catequesis en el NT</i>	344
<i>La relación natural catequesis-Biblia en la Iglesia de los Padres.</i>	
<i>Dos ejemplos: san Cirilo de Jerusalén, san Agustín</i>	346
<i>Un catecismo reformista, Bartolomé de Carranza,</i>	
<i>y los catecismos de la contrarreforma, Ripalda y Astete</i>	351
<i>El complemento de la historia sagrada</i>	354
<i>La reforma del movimiento catequético y las orientaciones</i>	
<i>del Concilio Vaticano II. Situación actual</i>	355
3. La Biblia en los catecismos actuales.....	356
4. Usos complementarios de la Biblia:	
personajes, historias, milagros, parábolas.....	359
5. La lectura orante de la Biblia.....	360
6. Decálogo del catequista sobre la Biblia.....	360
13. BIBLIA Y LITERATURA: LA MIRADA DEL ESCRITURISTA.....	363
1. Para comenzar.....	363
2. El hecho: auge de los estudios sobre la influencia de la Biblia	
en la literatura.....	366
3. Primera pregunta: por qué la importante influencia	
de la Biblia en la literatura española.....	372
4. Segunda pregunta: por qué la relación entre Biblia	
y literatura merece la atención y el estudio del escritorista.....	378
<i>Presupuestos</i>	379
<i>Proposiciones</i>	381
Proposición primera.....	381
Proposición segunda.....	383
Proposición tercera.....	385
Proposición cuarta.....	385
5. Final: Biblia y literatura desde la mirada del escritorista, ¿asunto	
marginal, tarea interdisciplinar, ocasión de evangelización?.....	388

14. LEER LA BIBLIA EN EL SIGLO XXI	391
1. «El rumor de lo que se avecina»	391
2. Sobre el hecho humano de leer y sobre la Biblia misma	393
3. Algunos modos de leer la Biblia a lo largo de la historia	398
<i>El mundo persa, los griegos y el helenismo: leer para no olvidar lo que se es</i>	398
<i>Roma, heredera del helenismo: leer con ojos nuevos para ser algo nuevo</i>	402
<i>Los años de consolidación de la Iglesia: leer para construir la comunidad</i>	404
<i>Bizancio y el monasterio medieval de Occidente: leer para ser uno mismo y llegar a Dios</i>	406
<i>La escuela medieval y el primer renacimiento: leer para conocer lo divino y lo humano</i>	409
<i>La crisis de la reforma: leer para salvarse, no leer para no perderse</i>	411
<i>El siglo de las luces: leer para saber</i>	413
<i>Nuestro tiempo: la dispersión de los modelos de lectura</i>	414
4. Leer la Biblia en el siglo XXI	417
<i>Algunos presupuestos generales</i>	418
Sobre si se leerá algo	418
Lo que ya sabemos de la Biblia	419
Biblia, ciencia y fe	420
En el mundo de la técnica	421
<i>Algunos presupuestos cristianos y católicos</i>	422
Lo que es la Biblia: el texto	423
En tiempos postmodernos: el pre-texto	424
Sobre la comunidad de la Biblia: el con-texto	426
Observación leve sobre la necesidad de una lectura ecuménica	426
<i>Lecturas no necesariamente cristianas de la Biblia</i>	427
5. Descubrir el rostro de Cristo en la Biblia también en el siglo XXI: diez palabras	429
6. Final: apología del viejo libro	432

V. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN Y UNA PROPUESTA PARA EL PRESENTE

15. LA INVESTIGACIÓN BÍBLICA EN ESPAÑA DESDE LA <i>PROVIDENTISSIMUS DEUS</i> . UN SIGLO DE ESTUDIOS BÍBLICOS EN ESPAÑA.....	437
1. Introducción: el ambiente bíblico en España antes de la <i>Providentissimus Deus</i>	438
2. Primer período: desde la encíclica hasta el congreso de ciencias de Salamanca (1893-1923).....	439
<i>Algunas figuras de interés antes de la encíclica Providentissimus</i>	439
<i>La primera acogida de la Providentissimus en España: dos congresos</i>	441
<i>Precursores y anhelos</i>	443
<i>Versiones de la Biblia entre 1900 y 1923</i>	446
3. Segundo período: del Congreso de Salamanca a la <i>Divino Afflante Spiritu</i> (1923-1943).....	449
4. Tercer período: de la <i>Divino Afflante Spiritu</i> (1943) hasta la <i>Dei Verbum</i> del Vaticano II (1965).....	455
5. De la <i>Dei Verbum</i> hasta el documento de la PCB sobre interpretación de la Biblia en la Iglesia (1965-1993).....	462
<i>La nueva exégesis</i>	462
<i>Las editoriales</i>	463
<i>Comentarios y manuales</i>	465
<i>La Asociación Bíblica Española</i>	467
<i>Algunos nombres</i>	471
6. Nuevas traducciones de la Biblia.....	476
<i>Versiones ya clásicas</i>	476
<i>Traducciones populares y actualizaciones recientes</i>	477
<i>Traducciones más cercanas</i>	479
7. Final.....	483
16. DE LA «INTRODUCCIÓN GENERAL A LA SAGRADA ESCRITURA» A LA «TEOLOGÍA DE LA BIBLIA».....	485
1. Una cuestión de método.....	485
2. Un principio unificador.....	489
3. La pregunta por el contexto histórico y cultural.....	491

4. Una sugerencia sobre el contexto religioso de la Biblia.....	493
5. La pregunta por el texto.....	494
6. La pregunta por el canon de las Escrituras.....	496
7. La pregunta por la naturaleza de las Escrituras.....	501
8. La pregunta por la hermenéutica bíblica.....	508
<i>La humanidad de la Escritura Sagrada</i>	510
<i>La Escritura Sagrada como Palabra de Dios</i>	511
9. La pregunta sobre los métodos.....	511
10. La pregunta por la actualización.....	514
11. La pregunta por el papel del Magisterio de la Iglesia.....	516
12. El triángulo hermenéutico.....	517
13. La pregunta sobre la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia: liturgia, pastoral, espiritualidad, teología.....	519
<i>Una conclusión lógica</i>	519
<i>La pregunta por la lectura de la Biblia</i>	520
<i>La pregunta por la Sagrada Escritura en la liturgia</i>	524
<i>La pregunta por el encuentro con Dios en la lectura de la Biblia</i>	525
<i>La pregunta por la homilía</i>	529
<i>La pregunta por la Sagrada Escritura en la catequesis</i>	529
<i>La pregunta sobre la Sagrada Escritura en la teología</i>	530
14. A modo de conclusión.....	531
Bibliografía	533

Presentación

Repasar lo que uno ha escrito sobre la Biblia a lo largo de cincuenta años y hacer una selección de trabajos para presentarlos juntos en público es siempre tarea difícil, complicada y dolorosa. Al fin y al cabo, todos, tengan mejor o peor cara, son hijos del mismo padre. Por eso se imponía establecer algunos criterios concretos a la hora de elegir. El criterio general ha sido seleccionar aquellos trabajos que pusieran en relación Biblia e Iglesia, y que, junto a otros muchos datos, incluyeran una reflexión amplia sobre la Biblia o alguna de sus dimensiones. De aquí el subtítulo, que recoge tres dimensiones principales de la Biblia en la Iglesia: la santidad del libro, que lo hace excepcional, único e insustituible para el cristiano, y que obliga siempre a una seria reflexión teológica; la permanente y viva actualidad de una obra cuya palabra es capaz de dialogar con hombres y mujeres de todos los tiempos, lo que exige una audaz apertura hermenéutica; y su dimensión de obra literaria clásica, llena de sabiduría y belleza humana, siempre sugerente y provocadora.

He intentado, por ello, seleccionar aquellos trabajos en los que, a mi juicio, se reflexiona ampliamente sobre alguna de estas dimensiones bíblicas, de manera que, al final de su lectura, el benévolo lector pueda tener una idea relativamente clara de mi pensamiento sobre la Biblia. Bien entendido, que se trata siempre de un pensamiento abierto, amplio y multidisciplinar, que comprende los aspectos históricos, críticos, literarios, culturales, filosóficos y teológicos inherentes a una reflexión so-

bre la Sagrada Escritura. Todo ello con un claro talante ecuménico en diálogo con cristianos de otras confesiones y una explícita apertura a la cultura de nuestro tiempo.

He querido comenzar con una reflexión acerca de la naturaleza de la Biblia, intentando responder, en un lenguaje de alta divulgación, a la pregunta de qué es la Biblia para un cristiano y cómo se estudia hoy la formación histórica del canon bíblico, más allá de las antiguas contiendas confesionales (capítulos 1 y 2). Estas dos presentaciones generales van acompañadas de una muestra de investigación directa sobre textos concretos que se manejan a la hora de reflexionar sobre el canon y la inspiración bíblicos: un estudio sobre el capítulo 14 del libro IV de Esdras y un repaso bastante completo a los textos de Qumrán relacionados con la Biblia. Quieren ser una muestra del trabajo positivo de interpretación de textos, que siempre debe estar en la base de cualquier reflexión teológica sobre la Biblia.

Para la segunda parte he seleccionado tres escritos acerca de la interpretación de la Biblia. Son capítulos de elaboración más compleja, en los que se expone cómo fui acercándome a la elaboración de una teoría hermenéutica que pudiese justificar la asunción de toda la complicada historia de la interpretación bíblica, incluyendo los métodos histórico-críticos y elaborando una interpretación para la Iglesia católica que respondiese a la tradición católica, sin renunciar al diálogo con las tradiciones ortodoxa y protestante y a los logros de la hermenéutica filosófica contemporánea. Así, en el capítulo 5 abordo la posibilidad de una interpretación actualizada de la Biblia, estudiando especialmente la interpretación cristiana del Antiguo Testamento. En el capítulo 6, a partir del testimonio de san Ireneo y de la propuesta de la constitución *Dei Verbum*, estudio las bases de una teoría hermenéutica abierta y flexible, capaz de dar razón de la antigua y la actual interpretación de la Biblia. Finalmente, en el capítulo 7 retomo estas ideas en diálogo con el documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993 sobre la interpretación de la Biblia.

La breve tercera parte se centra en la decisiva cuestión de la relación entre Escritura y Tradición, aunque no se aborda en directo, sino a través

de dos trabajos muy diferentes. El capítulo 8 dialoga sobre la Palabra de Dios como fuente y origen de la Tradición, a partir de los resultados del Sínodo de la Palabra, celebrado en Roma el año 2010, mientras que el capítulo 9, escrito en un tono de alta divulgación, trata de elencar las cuestiones discutidas entre católicos y protestantes sobre la Biblia, especialmente la difícil cuestión de la relación entre Tradición y Escritura.

Más amplio es el apartado dedicado a las diferentes lecturas de la Biblia. Comienza estudiando, en el capítulo 10, si la Biblia es un puro libro religioso de la Iglesia o pertenece más ampliamente a toda la humanidad, lo cual condiciona necesariamente el modo de afrontar su lectura. Se presentan después el peligro de la lectura fundamentalista de la Biblia (capítulo 11), su lectura y uso en la catequesis (capítulo 12), la dimensión literaria de la Biblia y su relación con la literatura (capítulo 13) y la cuestión de si se leerá siquiera la Biblia a finales del siglo XXI (capítulo 14).

Finalmente, se cierra el conjunto seleccionado con dos trabajos especiales. El capítulo 15 recoge lo que ha sido la investigación bíblica en España en los últimos 120 años de nuestra historia. Merecía la pena hacerlo, porque, como allí digo, se narra un itinerario que ha conducido a la mejor época de investigación y lectura bíblica de nuestra historia, comparable con las glorias del siglo XVI, pero mucho más extendida entre el pueblo cristiano que entonces. Por otra parte, el capítulo 16, que cierra la selección de trabajos, es mi propuesta en esbozo de una completa Introducción a la Biblia, librada de antiguos restos apologéticos, integrando lo que llamo una «Teología de la Biblia», completa, ecuménica y abierta al diálogo con la cultura contemporánea.

Una nota sobre la naturaleza de este trabajo

Se trata de recoger escritos nacidos a lo largo de un amplio arco de tiempo. Es lógico que algún lector piense que deberían haberse actualizado. Y, en efecto, he tenido que hacer pequeñas actualizaciones imprescindibles. Pero actualizarlo todo hubiera requerido un libro nuevo, que, además, no hubiera podido entrar en esta colección. Dejar los escritos tal cual tiene la ventaja de que señalan cómo trabajosamente se ha ido haciendo

camino en algunas cuestiones a lo largo de años de investigación y estudio. Los más jóvenes podrán descubrir el esfuerzo de un viejo profesor que nunca dio ninguna cuestión por rematada. Los veteranos se irán reconociendo entre los vericuetos, con frecuencia no sencillos, de un pensamiento que busca comprender a fondo y decir con palabras comprensibles la grandeza y el misterio de un Libro excepcional y único.

En resumen, una muestra de por dónde he trabajado con la Biblia en estos últimos cincuenta años, que ha sido posible por la iniciativa de la Asociación Bíblica y la colaboración generosa e inteligente de la Editorial Verbo Divino, a quienes va todo mi agradecimiento. Cuando revisaba la no breve bibliografía recopilada al final de las diversas exposiciones, me daba cuenta de cuánto debo a tantos escritores antiguos y modernos, a tantos colegas y escritores contemporáneos. Ellos me han acompañado en todo momento a lo largo de mi tiempo de docencia e investigación. Y, junto con mis alumnos en la Universidad Pontificia de Salamanca, han sido siempre el acicate para ir más allá, para poder descubrir constantemente que el estudio de la Biblia no tiene fin, para dejar el camino abierto a quienes vienen detrás con nuevas fuerzas, con renovado ánimo y con el mismo amor de siempre a la Biblia, nuestra Sagrada Escritura.

Publicaciones originales de los capítulos del libro

I. SOBRE LA NATURALEZA DE LA BIBLIA

1. «¿Qué es la Biblia?». *Reseña Bíblica* 11 (1996) 13-22.
«La palabra inspirada». En *La Palabra de Dios en lenguaje humano*. Ed. por A. Trobajo. Teología en Diálogo 10. Salamanca: UPSA, 1994, 13-40.
2. «Configuración del canon bíblico: aproximación histórica». En *Canon, Biblia, Iglesia. El canon de las Escrituras y la exégesis bíblica*. Ed. por A. Giménez González y Luis Sánchez Navarro. Presencia y Diálogo 30. Madrid: Publicaciones San Dámaso 2010, 19-40. Con algunos añadidos.
3. «Inspiración y canon en 4 Esd 14,1-50. Intento de revisión». *Estudios Bíblicos* 64 (2006) 671-697.
4. «La Biblia de Qumrán». En *Para comprender los manuscritos del Mar Muerto*. Ed. por J. Vázquez Allegue. Estella: Verbo Divino, 2004, 177-195.

II. LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA

5. «La lectura cristiana del Antiguo Testamento. Reflexiones hermenéuticas sobre una cuestión clásica». *Estudios Bíblicos* 47 (1989) 475-492.

6. «La lectura eclesial de la Biblia». *Communio. RevCatInt* 8 (1986) 269-291 = «La lectura eclesial de la Biblia». En *La Palabra de Dios en la historia de los hombres. Comentario temático a la Constitución «Dei Verbum» del Vaticano II sobre la Divina Revelación*. Edición de los XXV años de la promulgación (1965-1990). Ed. por L. Alonso Schökel y A. M. Artola. Bilbao: Universidad de Deusto – Mensajero, 1991, 607-630.
7. «Criterios de interpretación de la Biblia en la Iglesia», en *Biblia, Literatura e Iglesia*. Ed. por F. García López y A. Galindo García. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, 133-154.

III. ESCRITURA Y TRADICIÓN

8. «La Palabra de Dios, fuente y origen de la Tradición y la Escritura. Comentario a VD 6-21». *Estudios Bíblicos* 69 (2011) 381-410.
9. «La Sagrada Escritura en el diálogo ecuménico católico-protestante». *Sal Terrae* 105 (2017) 35-50.

IV. LECTURAS DE LA BIBLIA

10. «*Ultima lectio*: La Biblia, libro de la Iglesia, libro de la Humanidad». *Salmanticensis* 59 (2012) 15-39.
11. «Escritura». En *Diez palabras clave sobre fundamentalismos*. Ed. por J. L. Mardones. Estella: Verbo Divino, 1999, 47-80.
12. «Biblia y catequesis. Reflexiones de un escriturista». *Actualidad Catequética* 258 (2018/II) 260-274.285-286.
13. «Biblia y literatura: la mirada del escriturista». *Estudios Bíblicos* 71 (2013) 483-508.
14. «Leer la Biblia en el siglo XXI». En *Ser cristiano en el siglo XXI. reflexiones sobre el cristianismo que viene*. Ed. por J. M. Sánchez Caro y B. Méndez Fernández. Bibliotheca Salmanticensis 231. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2001, 209-240.

V. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN BÍBLICA Y PROPUESTA PARA EL PRESENTE

15. «La investigación bíblica en España desde la *Providentissimus Deus*. Un siglo de estudios bíblicos en España». En *León XIII y su tiempo*. Ed. por Ángel Galindo García y José Barrado Barquilla. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2004, 595-628.
16. «De la “Introducción general a la Biblia” a la “Teología de la Biblia”. Una propuesta metodológica». *Salmanticensis* 56 (2009) 5-48 = J. M. Sánchez Caro (coord.), *Palabra de Dios y Teología*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2010, 21-74.

Siglas y abreviaturas

AAS	Acta Apostolicae Sedis
AAT	Apócrifos del Antiguo Testamento
ABE	Asociación Bíblica Española
ABI	Associazione Biblica Italiana
<i>Ant</i>	Flavio Josefo, <i>Antigüedades Judías</i>
AT	Antiguo Testamento
c.	capítulo
CBQ	<i>Catholic Biblical Quarterly</i>
cf.	cónfer
ComDV	Alonso Schökel, L. (dir.). <i>Concilio Vaticano II. Constitución Dei Verbum sobre la divina revelación.</i> Madrid: BAC, 1969
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
DH	Denzinger / Hünermann, <i>El Magisterio de la Iglesia.</i> Enchiridion Symbolorum
dir.	dirigido
DV	Constitución <i>Dei Verbum</i> , Concilio Vaticano II
EB	Enquiridion Bíblico
ed(s).	editor(es)/edición
EDB	Edizioni Dehoniane. Bologna

<i>EstBib</i>	<i>Estudios Bíblicos</i>
<i>EstEcl</i>	<i>Estudios Eclesiásticos</i>
<i>et al.</i>	<i>et alii</i>
<i>EvTh</i>	<i>Evangelische Theologie</i>
GER	<i>Gran Enciclopedia Rialp</i> . Madrid: Rialp, 1971-1991
ibíd.	ibídem
íd.	ídem
IEB	Introducción al Estudio de la Biblia
LTK	Lexikon für Theologie und Kirche. Friburgo: Herder, 1968
MG	Migne. Patrología griega
ML	Migne. Patrología Latina
NRT	<i>Nouvelle Revue Théologique</i>
NT	Nuevo Testamento
orig.	original
PCB	Pontificia Comisión Bíblica
PG	Migne, Patrología Griega
PL	Migne, Patrología Latina
RB	<i>Revue Biblique</i>
RevQ	<i>Revue de Qumran</i>
RSR	<i>Revue des Sciences Religieuses</i>
SCh	Sources Chrétiennes
SCPK	Society for Promoting Christian Knowledge
TRE	<i>Theologische Realencyclopädie</i> . Berlín - Nueva York: de Gruyter, 1976-2007
UPSA	Universidad Pontificia de Salamanca
VD	Exhortación Postsinodal <i>Verbum Domini</i>
Vg	Vulgata
ZTK	<i>Zeitschrift für Theologie und Kirche</i>

Todas las demás siglas y abreviaturas, así como las siglas de la Biblia son las fijadas en el *Diccionario de la ciencia bíblica* de Gonzalo Flor Serrano y en la Editorial Verbo Divino.

I

SOBRE LA NATURALEZA DE LA BIBLIA

Qué es la Biblia

Pocos libros hay tan célebres como la Biblia. Judíos y cristianos de todas las confesiones la leemos con cierta asiduidad. Muchos de sus pasajes son conocidos por todos. La posee un gran número de cristianos y judíos. Algunos de ellos la usan como su libro de reflexión y oración. Y cada día los participantes en celebraciones litúrgicas proclaman en alto sus textos y escuchan sus palabras atentamente en público.

Por eso nada tiene de extraño que constantemente cristianos y judíos se hayan hecho y sigan haciéndose una serie de preguntas sobre ella. ¿Qué tipo de libro tenemos entre las manos? ¿Por qué hay quien tanto la lee e incluso dedica a su estudio no pocos años de la vida? ¿Por qué han existido y existen hoy día hombres y mujeres dispuestos a dar su vida por la Biblia y por cuanto ella encierra? ¿Por qué es para millones de personas libro orientador y norma de su acción y de su vida? ¿Por qué existen hoy más de mil quinientas versiones de la Biblia en lenguas distintas, completas o parciales? ¿Por qué hay centros especializados para su estudio y tantas organizaciones para su difusión?

La respuesta a estas cuestiones ha de hacerse desde distintos puntos de vista. En primer lugar, subrayaremos la importancia grande que la Biblia tiene en ámbitos fundamentales de nuestra cultura. Después nos vamos a detener en lo que significa la Biblia para judíos y cristianos como libro en el que redescubren cada día su propia identidad. Lo haremos de la mano del Concilio Vaticano II, concretamente de su constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Revelación Divina. Con su ayuda intentaremos

ahondar en la naturaleza de la Biblia: es libro sagrado, es norma de fe y de vida para los cristianos. Pero intentaremos ir un poco más allá, tratando de saber, con las mismas orientaciones conciliares en la mano, qué significa afirmar que la Biblia es un libro inspirado y canónico. De este modo tendremos ante nosotros un panorama sucinto de la reflexión que el último concilio ha ido suscitando a lo largo del tiempo sobre la naturaleza de la Biblia, ese libro antiquísimo, que sigue teniendo sin embargo la máxima actualidad.

1. Un libro imprescindible de cultura

La primera respuesta a las preguntas formuladas, la más evidente, la que comparte más gente, es esta: la Biblia es un imprescindible libro de cultura. En efecto, nadie que tenga un mínimo de cultura puede negar la importancia de la Biblia en la cultura de Occidente e incluso en el mundo entero.

Así, desde el punto de vista literario, no se pueden olvidar muchos pasajes bíblicos, que forman parte con todo derecho de las creaciones inmortales de la literatura universal. ¿Quién no recuerda los inolvidables relatos de Adán y Eva, del diluvio universal, de la Torre de Babel? Pocas narraciones tan evocadoras como las sagas de los Patriarcas o la lucha épica entre David y Goliat. Es altísima poesía la del Cantar de los Cantares y la de no pocos salmos, así como de bastantes oráculos proféticos. Plantea de forma difícilmente superable el drama eterno del mal y el sufrimiento en la existencia humana el libro de Job. Es cercana y sugerente la Biblia en las palabras de Jesús y en sus parábolas.

Por todo ello, y por su fuerza religiosa, la Biblia ha inspirado grandes obras de la literatura universal, como *El paraíso perdido* de Milton, gran parte de la *Divina Comedia* de Dante, *El Cristo de Velázquez* de Unamuno, *José y sus hermanos* de Thomas Mann, *La anunciación a María* de P. Claudel y tantas otras. Por supuesto, también ha inspirado o motivado no pocos ensayos filosóficos de gran influencia en nuestra cultura. Recordemos que toda la filosofía cristiana antigua y medieval y gran parte de la moderna sería inconcebible sin la Biblia. Y ensayos contemporáneos, como el Moisés de Sigmund Freud o el de Fernando Savater sobre Job, entre otros

muchos, nacen directamente del contacto sugerente con la Biblia. En relación con el teatro, basta que recordemos de manera general a nuestros Lope y Calderón, por no remontarnos a los orígenes mismos del teatro hispano en las representaciones sacras medievales, de claro contenido e inspiración bíblico-litúrgicos, que darían origen a los autos sacramentales, inconcebibles sin la existencia y el conocimiento de la Biblia.

Aunque sea solo de pasada, hagamos memoria también de cuanto la Biblia ha significado en el mundo de las artes plásticas y en el de la música. Ella es fuente inspiradora de las ingenuas representaciones pictóricas de las catacumbas judías y cristianas de Dura Europos, en Siria, y de Roma, de las grandes creaciones en mosaico del arte bizantino y de las asombrosas miniaturas de los códices beatos, característicos del arte hispanomozárabe, de gran parte de las creaciones inmortales del Renacimiento europeo y del Barroco de autores como Fra Angelico, Miguel Ángel, Rafael, Velázquez... o, más modernamente, de los Cristos cósmicos de Dalí o de los dramáticos de Rouault, pasando por las vidrieras y dibujos del pintor judío Chagall, última expresión de las vidrieras bíblicas de nuestras catedrales y de las antiguas y modernas «Biblias de los pobres», convertidas paradójicamente a veces en maravillosos códices miniados, que solo los ricos podían permitirse el lujo de poseer.

Por esto, y por muchas cosas más, la Biblia es una de las referencias inevitables de la historia de la cultura occidental y de gran parte de la oriental cristiana o influida por ella. Como ya afirmaba el historiador británico Arnold Toynbee, Europa es en gran parte creación de la Biblia judeocristiana, de la sabiduría griega y de la ley romana. Lo cual podría expresarse gráficamente con la siguiente ecuación, aparentemente ingenua: $Europa = E^n + R^o + P^a$, es decir, *Evangelio* más *Roma* más *Partenón* es igual a Europa. Dicho de otra manera, la gracia del Evangelio, la sabiduría de Grecia y el derecho de Roma son tres componentes básicos de esa creación genial y decisiva en la cultura humana que es el espíritu eterno de la Europa cultural donde vivimos y nos movemos, a la cual, con aportaciones importantes de la cultura anglosajona, han configurado de manera decisiva. Por decir algunos nombres sonoros de nuestra cultura: Agustín de Hipona, Benito de Nursia, Gregorio Magno, Isidoro de Sevilla,

Alcuino, Tomás de Aquino, Tomás Moro, Benito Spinoza, René Descartes, Isaac Newton, Leibniz, Kant, Hegel y el mismo Marx o su último adaptador, Ernst Bloch. Enumero, por supuesto, solo algunas, pocas de las cimas del pensamiento europeo de siempre, las cuales no hubiesen sido lo que son sin el libro fecundo que es la Biblia. Y ella es también fuente inspiradora y raíz última de esa creación, de la cual tan legítimamente orgullosos nos sentimos los hombres y las mujeres de hoy, que es la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Por supuesto, también en el campo de la cultura más inmediata, del lenguaje que usamos todos los días, cada una de las lenguas europeas ha sido impregnada de tal manera por el gran libro que puede decirse que, en no pocas ocasiones, la mayoría de las veces sin darnos cuenta, «hablamos Biblia». Así, por mencionar solo nuestra propia lengua, poseemos en ella una gran cantidad de expresiones, las más de las veces coloquiales, es decir, profundamente enraizadas en nuestro habla y nuestra cultura, que hacen referencia a la Biblia. Al desarrapado le decimos que «está hecho un Adán», al niño travieso cariñosamente le reprende su madre, porque es «más malo que Caín», el castizo presenta su mujer al amigo con un «aquí mi costilla», mecemos al bebé en un «moisés» para que duerma, «es un diluvio» lo que cae cuando llueve mucho, «una Babel» todo lo que suena a confusión, se «arma un belén» cuando hay mucha juerga y alegría, todo es «vanidad de vanidades» si estamos decepcionados, suplicamos «por los clavos de Cristo», «hacemos de Cirineo» con quien necesita ayuda, «cargamos con nuestra cruz» al soportar los sufrimientos y nos quedamos como un «*ecce homo*» si estamos malheridos, a la vez que exclamamos «esto es un paraíso», cuando encontramos algún lugar tranquilo y placentero.

2. Memoria del pasado e invitación a vivir

Todo esto es importante, qué duda cabe, y justifica el conocimiento de la Biblia como elemento cultural indispensable si queremos interpretar al hombre y a la mujer concretos con quienes hoy convivimos, si queremos interpretar el mundo real y cultural en que nos movemos. Desconocer todo

de la Biblia es, por consiguiente, un signo inapelable de analfabetismo e incultura. Pero, no nos engañemos, todo ello no justifica el tomar una actitud sustancialmente distinta de la que podríamos asumir ante cualquiera de nuestras grandes herencias culturales, como las que pueden representar, por ejemplo, el *Quijote* de Miguel de Cervantes en España, o las tragedias de William Shakespeare en Inglaterra, o la *Divina Comedia* de Dante Alighieri en Italia, o los punzantes dramas de Molière en Francia. Y, sin embargo, nadie está dispuesto a dar su vida por cualquiera de estas obras o proponérsela como norma decisiva de su vida y de su pensamiento. Tiene que haber, por tanto, algo más. Y vuelve la pregunta que hacíamos al principio: ¿qué tipo de libro tenemos, realmente, entre las manos?

Cualquiera que tome una Biblia entre sus manos advertirá enseguida que no se trata de un libro unitario, sino de una colección de escritos muy diversos, reunidos en un solo volumen: narraciones religiosas de los orígenes, relatos de historia popular, poemas, crónicas, cartas, normas de conducta, colecciones legislativas, refranes... ¿Dónde encontrar la unidad de materiales tan diversos y dispares? A primera vista lo que confiere unidad a esa compleja amalgama de escritos es el pueblo que los produce y al que van destinados. Un pueblo, Israel, que se nos va presentando en su evolución histórica y de pensamiento, pero sobre todo en una relación singular con su Dios a lo largo de lo que llamamos Antiguo Testamento, la primera gran sección de la Biblia cristiana. Un pueblo, la comunidad cristiana, ahora ya sin referencias nacionalistas estrictas, que confiesa en el Nuevo Testamento haber alcanzado una especial relación con Dios mediante Jesús de Nazaret.

Desde este punto de vista la Biblia se nos manifiesta como *la memoria de un pueblo*, que expresa por escrito una serie de acontecimientos, considerados significativos para él. Tales acontecimientos son trasladados a la escritura, a veces, por quienes han sido sus testigos directos o pretenden haberlo sido:

... lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que observamos detenidamente y nuestras manos palparon acerca del Verbo de la Vida, [...] os lo anunciamos también a vosotros. [...] Y nosotros escribimos esto para que vuestra alegría sea plena (1 Jn 1,1-4).

Otras veces se transmite por escrito lo que antes se había conocido por tradición oral. Recordemos a este propósito la antiquísima confesión de fe o plegaria del israelita ante el altar del santuario al ofrecer las primicias de la cosecha:

... Entonces tomarás tu palabra y dirás ante el Señor, tu Dios: Un arameo errante fue mi padre y bajó a Egipto y se estableció allí como inmigrante con pocas personas; mas allí se convirtió en un pueblo grande, potente y numeroso... (Dt 26,5).

En todos los casos tropezamos con un proceso semejante: se ponen por escrito una serie de hechos para que perduren en la memoria de un pueblo, de una comunidad. El libro, la Biblia concretamente, tanto en su sección veterotestamentaria como en el Nuevo Testamento, nace como Biblia precisamente para reflejar la identidad de un grupo humano, identidad que es en este caso fundamentalmente religiosa.

Así pues, nuestra Biblia es un conjunto de escritos. Su proceso humano no escapa a las reglas de composición y conservación de cualquier escrito. En un primer momento existe un pueblo con su historia determinada, con su experiencia humana y religiosa. Después esos hechos y experiencias, pasados por la reflexión de generaciones, se transmiten oralmente y por escrito en el seno del pueblo vivo. Finalmente, acaban coleccionándose en un conjunto escrito para guardar memoria de la vida del pueblo, para expresar su identidad y su experiencia, para transmitirla y comunicarla a otros.

Por eso es posible describir la Biblia como la colección de escritos producidos por el pueblo hebreo y por el pueblo cristiano, en los cuales ambos expresan su identidad, su experiencia religiosa fundamental, con la clara intención de comunicarla y transmitirla a otros miembros de la comunidad. Es decir, la Biblia se escribe para comunicar las raíces de una experiencia básicamente religiosa: es «memoria», se escribe «para recordar». Y a la vez, la Biblia nace como libro para invitar a revivir esa experiencia: es «propuesta», está escrita «para vivir», «para que nuestra alegría sea plena» (1 Jn 1,4).

3. Libro sagrado y norma de vida

Ahora bien, para el creyente (sea judío o cristiano) este recuerdo y esta invitación a la vida son algo más que un recuerdo genérico y una invitación semejante a la que puede encontrarse en otros escritos.

El cristiano sabe que Dios, «con su bondad y sabiduría, quiso revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad» (DV 2). Es decir, nuestro Dios se ha puesto en comunicación con nosotros. Bellamente ha descrito la constitución sobre la Revelación Divina esta apertura de Dios a los hombres: primero y de una manera velada mediante la creación, reflejo de su belleza y sabiduría; después, mediante los patriarcas y los profetas; luego, en la etapa final, enviando a su Hijo Jesucristo, que es la Palabra eterna de Dios Padre y habla las palabras de Dios (DV 3-4), que recogieron y conservaron fielmente los apóstoles, para transmitir las a las gentes de todos los tiempos, mediante sus sucesores los obispos (DV 7). Precisamente esta comunicación de Dios es la que ha sido recogida por la Biblia, que es Sagrada Escritura, Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo (DV 9).

Por eso, para nosotros los creyentes la Biblia es un libro sagrado. Es decir, no se trata de una mera colección de sagas y relatos, de leyes y proverbios, de poemas y canciones que se han conservado para preservar la identidad de un grupo humano como pueblo, como nación o como pura comunidad homogénea, al estilo de cualquier otra literatura clásica, sea esta popular o culta. Lo que afirmamos los creyentes es que en el libro llamado Biblia puede rastrearse la Palabra de Dios, que ese libro no es una pura creación humana, sino que, de algún modo, «ha sido tocado por Dios». De aquí la especial veneración que cualquier creyente siente por él. Veamos cómo lo expresa un antiguo testimonio judío, recogido en la Misná:

Simón el Justo, uno de los últimos miembros de la Gran Asamblea, solía decir: «Tres cosas sostienen al mundo: la Ley, el servicio y la caridad»¹.

¹ Abot 2.

Junto a la convicción del viejo rabino judío, pongamos las palabras de un judío contemporáneo, el novelista norteamericano Herman Wouk, autor, entre otras, de la conocida novela, llevada al cine, *El motín del Caine*:

La veneración que sienten los judíos por la Torá de Moisés, veneración mantenida siglo tras siglo, no tiene paralelo. Cualquiera puede decir lo que le plazca sobre los judíos. Pero nadie podrá negar que este pueblo ha vivido pendiente de un solo libro y ha muerto por él, empapando su vida cotidiana en él [...] ellos y sus hijos y los hijos de sus hijos, que se pasaron la antorcha de una generación a otra, como si no existiera el tiempo ni la mudanza, como si las circunstancias no alterasen las cosas, como si más de tres mil años fuesen un breve lapso de tiempo. Nadie podrá negar que esto ha ocurrido².

Como era de esperar, lo mismo sucede entre los creyentes cristianos. San Justino, filósofo laico y mártir del siglo II, nacido en Flavia Neápolis, a poco más de cincuenta kilómetros de Jerusalén junto a la vieja y bíblica Siquén, aludiendo probablemente a alguno de los evangelios, nos habla ya de las «memorias que los apóstoles nos dejaron escritas y en las que nos transmitieron lo que a ellos les habían encomendado»³. Y Tertuliano, otro de los grandes apologistas de la fe cristiana, este en Cartago y a finales del siglo III, nos hace el retrato de lo que la Biblia significaba para los cristianos de su tiempo:

Nosotros nos reunimos para volver sobre las Santas Escrituras según que las circunstancias del momento nos obliguen a mirar al futuro o al pasado. Verdaderamente, con las palabras de la Sagrada Escritura apacentamos la fe, levantamos la esperanza, arraigamos la confianza y estrechamos la disciplina, inculcando los mandamientos⁴.

Por eso no es de extrañar que el Concilio Vaticano II en la constitución sobre la Divina Revelación afirme que «la Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia» (DV 10). Y añada más adelante estas bellísimas palabras:

² H. Wouk, *Este es mi Dios* (Barcelona: Plaza & Janés, 1967), 225.

³ Justino, *Apología I*, 66.

⁴ Tertuliano, *Apologético* 39,3.

En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (DV 21).

Pero, además de sagrada, la Biblia es para el creyente judío y cristiano norma y referencia imprescindible de su fe y de su vida religiosa. Esta dimensión de la Biblia, estrechamente conectada con su cualificación de libro sagrado, le confiere una autoridad máxima y nos hace a nosotros comprender la importancia que para los creyentes de estas religiones tiene el libro. En él confiesan encontrar la Palabra de Dios, que es el último y decisivo testimonio de apelación; a través de él perciben la comunicación de Dios a los hombres, no solo a los del pasado, sino a los hombres y mujeres de hoy. Para el creyente, por tanto, la Biblia encierra la memoria de la comunicación entre Dios y los hombres y mujeres de todos los tiempos a lo largo de la historia, convirtiéndose así en un punto decisivo de referencia. Por todo ello, para el creyente leer la Biblia, la Sagrada Escritura, es llegar hasta las raíces de su propia fe y percibir la orientación fundamental y básica de su vida. Leer la Biblia es, por eso, recobrar la memoria de nuestra fe y vivir la vida de un modo nuevo: se lee la Biblia para recordar lo que verdaderamente somos, para vivir ya anticipadamente lo que estamos llamados a ser.

4. Libro inspirado y canónico

Aclarar por qué la Biblia es libro sagrado y normativo para el creyente no es tarea fácil y los teólogos han dedicado muchas páginas a este asunto. Para el cristiano, y concretamente para el católico, la dimensión sagrada de la Biblia se expresa mediante un término bíblico, que se ha convertido en término técnico: la Biblia es «escritura inspirada». Por lo que se refiere a la dimensión normativa de la Biblia, esta se expresa con otra palabra técnica y tradicional: la Biblia es un libro «canónico», cuyos distintos libros comprenden lo que se llama «el canon de la Biblia». Con el lenguaje solemne de las grandes ocasiones, el Concilio Vaticano II recoge la experiencia de la Iglesia y su doctrina de siglos en las siguientes palabras:

La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia (DV 11).

No es fácil explicar cómo se lleva a cabo esa colaboración entre el Espíritu de Dios y los autores humanos que escribieron la Biblia. Estamos ante el misterio de la palabra de Dios convertida a la vez en palabra humana, misterio paralelo al misterio de la encarnación: el Verbo de Dios se hace carne humana en el seno de María Virgen y el niño nacido es a la vez plenamente Hijo de Dios y plenamente ser humano, Dios y hombre verdadero, como reza el Credo cristiano. Del mismo modo, en la Sagrada Escritura la Iglesia confiesa encontrar una plena palabra humana que es a la vez plena palabra de Dios. Se trata de una realidad que el cristiano acepta de manera natural en su vida ordinaria, especialmente cuando se proclama la Escritura en la celebración litúrgica.

Intentemos, efectivamente, revivir una situación tan habitual. Nos trasladamos con el recuerdo a la última celebración dominical de la eucaristía. Un lector o una lectora acaba de proclamar la primera lectura del día, recordándonos —pongamos por caso el primer domingo de Cuaresma del ciclo B— el final del diluvio y la promesa de Dios de no aniquilar nunca jamás a los vivientes sobre la tierra, pacto rubricado con el bello signo del arco iris (Gn 9,8-15). Al terminar, el lector o lectora proclama: «Palabra de Dios»; y nosotros, casi mecánicamente, asentimos a lo dicho exclamando: «Gloria a Ti, Señor». Lo mismo sucede al concluirse la segunda lectura, donde se nos da una interpretación de san Pedro sobre los datos anteriormente escuchados (1 Pe 3,18-22). Y lo mismo, aunque con una pequeña variante, «Palabra del Señor», tras la lectura y proclamación del Evangelio.

Normalmente nada nos cuesta asentir con nuestra exclamación a la afirmación del lector cuando asegura que lo proclamado es palabra de Dios. Unas veces porque lo escuchado responde a la idea de lo que nosotros nos figuramos que debe ser la palabra de Dios; otras, no pocas ciertamente, porque nos surge casi mecánicamente la exclamación o grito

unánime, arrastrados por el resto de la comunidad participante. Pero, de vez en cuando, en especial si lo escuchado nos resulta chocante o en aquellas ocasiones en las que estamos preparados para hacer un ejercicio lúcido de reflexión, nos asalta la pregunta, las preguntas inevitables: lo que acabamos de oír, ¿cómo puede ser palabra de Dios?, ¿qué significa realmente esta expresión?, ¿por qué la aceptamos como tal?, ¿por qué, independientemente de que a causa de nuestra debilidad y nuestros pecados no siempre la hagamos caso, esta palabra es decisiva en la orientación de nuestra vida de cristianos?, ¿por qué la rodeamos con tanta solemnidad y respeto, por qué se besa el libro, por qué usamos para proclamarla en la liturgia libros tan bien conservados y a veces lujosos?, ¿por qué la Iglesia ha instituido incluso un ministerio específico, el de lector, para prepararse a la proclamación de la palabra que atribuimos a Dios?

La respuesta a todas estas preguntas es precisamente que estamos ante la palabra inspirada, es decir, que las palabras de la Sagrada Escritura tienen toda esa importancia y esas consideraciones porque son palabras inspiradas por Dios. Llegados a este punto, es natural que las preguntas anteriores se deslicen de manera inevitable hacia esta otra: ¿qué es la palabra inspirada? Esta es la pregunta decisiva que debemos responder en la medida en que ello es posible. Sin olvidar que, como sucede cuando las preguntas son verdaderas preguntas, es decir, cuando tienen importancia verdadera, se impone casi siempre dar un pequeño rodeo, contar una historia peculiar. Solo después, al final de este camino, podremos responder a lo que nos estamos preguntando. Así pues, vamos a contar la historia de la palabra, de la palabra de Dios, de la palabra inspirada.

El misterio de la palabra humana

¿Cuándo empezó el ser humano a pronunciar palabras, es decir, a hablar o, como dice con encomiable brevedad y alguna limitación el Diccionario de la Real Academia, a «articular, proferir palabras para darse a entender»? No lo sabemos, si bien podemos sospechar que el lenguaje, aunque sea en formas bien primitivas, tiene tanta antigüedad como la existencia misma del ser humano.

Observemos lo que ocurre a nuestro alrededor. A poco que agucemos el oído, estemos donde estemos, se comienza a percibir una serie de ruidos apenas antes notados: el fru-fru de mis vestidos, el borboteo del puchero en la cocina, la insistente y desesperante llamada del grifo que gotea en el cuarto de baño, la conversación de los vecinos que me llega a través de los delgados tabiques de mi vivienda, una moto que pasa bajo mi ventana, la campanada del reloj del ayuntamiento, la música de la radio siempre encendida. Y si nos vamos el fin de semana al campo, aprendemos a escuchar el paso del viento o las gotas de lluvia que golpean las ventanas, nos asombra y sobrecoge el bronco rumor del trueno o nos sentimos relajados por la melodía sin notas de las hojas nuevas de los álamos y chopos, mecidas por el viento. Ruidos y sonidos entran a través de nuestros oídos para que nosotros podamos identificarlos. Para quien tiene oídos expertos, están llenos de significado. Pero no son palabras, apenas rumores, sonidos, ruidos, que también existirían si nosotros no estuviésemos allí para escucharlos. Que pueden decir algo o dejarnos indiferentes, cuyo sentido y significado no nos es necesariamente evidente y que, desde luego, no tienen intencionalidad alguna, es decir, carecen de intención para comunicar algo a los que estamos allí de paso. Con ellos nos resulta imposible dialogar. No son palabras.

Avancemos un poco más. Al llegar a casa, recordamos todavía el ladrido de aquel mastín lejano y sigue resonando en nuestros oídos el cri-cri constante y monótono de los grillos. Nuestro perro nos saluda con alegría y, a la vez que mueve la cola de satisfacción, nos invita a sacarle a dar una vuelta con especiales gruñidos y sonidos, que nosotros sabemos interpretar a la perfección. El ruido se convierte ahora en sonido, que exterioriza algo particular. Así podríamos decir de todos los demás animales, cuyos sonidos guiados por el instinto expresan siempre algo en concreto. Oímos graznidos de grajilla que llama a otras a reunirse para emprender la migración anual, balidos de oveja que son reconocidos por su corderillo, ladridos de perro que avisan de que alguien llega, maullidos y ronroneo de gatos que expresan su estado de satisfacción junto a la chimenea de casa, gorjeos o trinos de pájaros que afirman el territorio de dominio de cada uno y tantos otros, imposibles de clasificar. Pero no son palabras.

También nosotros usamos estos sonidos para exteriorizar algo, también suspiramos de satisfacción o de tristeza, también tosemos o gruñimos y se nos ilumina o entristece la cara cuando nos pasa algo, también usamos sonidos sin articulación específica. Se trata quizá de una forma primitiva de lenguaje, aunque no son todavía palabras. No expresamos articuladamente lo que sentimos o queremos comunicar, simplemente exteriorizamos nuestra reacción ante determinados estímulos. Esto es lo que hacen los animales, por más que puedan llegar a expresar muchos matices y determinadas situaciones y actitudes, como nos ha enseñado a descubrir el famoso etólogo, premio Nobel, Konrad Lorenz en libros de título tan expresivo como este: *Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros*. Pero no son palabras, no hay articulación intencional. Junto a la exteriorización de situaciones concretas suscitadas por estímulos externos o internos falta la expresión articulada de ello, falta la palabra.

¿Cuándo nace la palabra? Cuando nace el ser humano. Si pudiéramos asistir a su nacimiento en el mismo momento en que el ser humano, quizás al final de la escala de la evolución animal, comienza a ser tal, asistiríamos al mismo tiempo al nacimiento del lenguaje y de la palabra. Como para tantas otras cosas, es posible percibir una descripción del nacimiento de la palabra humana y de sus funciones en el mismo relato de la creación de Adán y Eva que nos cuenta el libro del Génesis (Gn 2-3), siempre que lo leamos con inteligencia y atención. En efecto, cuando el Señor modeló al hombre de barro del suelo y sopló en su nariz aliento de vida, comenzaron a ocurrir cosas nuevas. El hombre es capaz de nombrar a los animales creados para él (Gn 1,19-20), puede expresar su satisfacción al descubrir a Eva junto a sí (Gn 1,23), dialoga consigo mismo y con Dios y le comunica sus temores y sus pensamientos (Gn 3,1-13). En este momento, aunque en la realidad todo ello llevara muchos cientos de años, nace el lenguaje que nombra, que expresa sentimientos mediante exclamaciones, que dialoga con otro y comunica información. Ha nacido la *palabra*.

Y es que el sonido se convierte en palabra cuando existe intencionalidad y articulación, cuando es guiado no simplemente por el instinto, sino por el espíritu humano, por la inteligencia. La palabra es un sonido articulado e inteligente. Está compuesta de la materialidad de cualquier

sonido y del espíritu o aliento que la articula debidamente para expresar lo que quiere. El barro del sonido y el sople o espíritu de la articulación intencionada constituyen la palabra humana, que por eso no es puramente material, sino mezcla de la materialidad del sonido y de la condición inteligente y volente del ser humano. Ahora la palabra puede expresar sentimientos, decisiones, órdenes, conceptos, ideas. Es palabra humana, capaz de articularse en lenguajes muy diversos y de perpetuarse mediante muy distintas escrituras.

El misterio de la palabra de Dios

La Carta a los Hebreos comienza solemnemente de este modo:

En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas (Heb 1,1).

Y en el Credo niceno-constantinopolitano, que recitamos comúnmente en la Misa, al final de la sección dedicada al Espíritu Santo, confesamos lo mismo, al afirmar que el Espíritu Santo «habló por los profetas».

Esto es quizá lo más sorprendente de todo, que Dios haya hablado, que se haya puesto en comunicación con nosotros, hombres y mujeres a lo largo de la historia. La apertura de Dios al ser humano solemos denominarla con una palabra que tiene grande y larga tradición en la Iglesia: es la revelación, esto es, el acto por el cual Dios se quita el velo, se nos desvela, se abre a nosotros, se comunica con sus criaturas humanas y les desvela el misterio de la salvación. Pero ¿cómo es esto posible?

La Iglesia nos enseña que la apertura de Dios al hombre se realiza de varias maneras en la historia. La primera, mediante la creación del universo:

Dios, creando y conservando el universo por su palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo (Rom 1,19-20) (DV 3).

Así lo afirma el Concilio Vaticano II, recogiendo la enseñanza de la Escritura y de posteriores concilios ecuménicos. Porque todo cuanto existe habla de Dios, si se sabe escuchar, como dice uno de los más bellos salmos de la Biblia:

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento la obra de sus manos;
el día al día le pasa la noticia,
la noche a la noche se lo susurra.
Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra llega su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje (Sal 19,2-5).

Para quien sabe escuchar y ver, el mundo entero lleva impresas las huellas del Dios creador, según la bellísima estrofa de san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

El problema es precisamente ese, saber escuchar y ver, ser capaz de percibir en el cielo y en la tierra, en la serenidad de una tarde de otoño y en el fragor de la tormenta de verano, en el gozo del niño que se abre a la vida y en la tristeza del minusválido de guerra a quien una bomba ha truncado sus proyectos de vida, la voz de Dios. Pero, ¿es tan difícil ver siempre la mano de Dios y su mensaje en todo!

Por eso Dios se ha abierto al ser humano de otro modo más cercano, mediante los hechos de la historia de la salvación. En efecto, como nos cuenta la Sagrada Escritura, él levanta a nuestros primeros padres de su caída con la promesa de la salvación, él hace padre de un gran pueblo a Abrahán, saca a Israel de la opresión en Egipto y lo guía a través del mar Rojo y del desierto hasta la Tierra Prometida, mediante Moisés y los profetas los instruye, y va preparando a través de los siglos el camino del Evangelio (cf. DV 3). Pero esta revelación de Dios a través de las etapas de la historia hay que saber descubrirla. Los hechos no son siempre unívocos, pueden interpretarse de varias maneras, como descubrimos cada mañana cuando abrimos los periódicos, donde las mismas noticias son tan di-

versamente presentadas. Por ello, junto a los hechos, Dios ha querido desvelarnos su presencia, su acción y su persona mediante la palabra, el instrumento humano de comunicación por excelencia. Dios ha hablado con nosotros. El Espíritu Santo nos habló por los profetas, primero; después por medio del propio Hijo de Dios. Recojamos el comentario que el Concilio Vaticano II hace a las palabras iniciales de la Carta a los Hebreos, con las que abríamos este apartado:

Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas. Ahora en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo (Heb 1,1-2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios (cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios (Jn 3,34) (DV 4).

Pero, ¿cómo puede Dios hablar al hombre? ¿En qué sentido podemos hablar de palabra de Dios? ¿Puede Dios hablarnos con palabras humanas?

No pasemos de largo —decía san Juan Crisóstomo— por la Sagrada Escritura, ni nos detengamos en la letra; sino consideremos que por nuestra debilidad usa este lenguaje humilde, para obrar nuestra salvación de un modo digno de Dios⁵.

No tomes las palabras humanamente, sino atribuye a la debilidad humana el estilo material. Pues si no emplease tales palabras, ¿cómo podríamos aprender los misterios inefables? No nos quedemos en las puras palabras, sino entendamos todo dignamente de Dios⁶.

Al llegar a este punto, tenemos que volver otra vez a cuanto hemos dicho más arriba sobre la palabra humana. El sonido que producen las cuerdas bucales humanas y que articulan las distintas partes y órganos de la boca se convierte en palabra cuando es guiado por el soplo de la inteligencia, por el espíritu humano. Pues bien, la palabra humana se convierte en palabra de Dios cuando actúa el Espíritu a la vez que el ser humano. Los profetas han tenido esta profunda experiencia de un modo

⁵ Crisóstomo, *In Genesi* 3, homilía 17; MG 53,135.

⁶ Crisóstomo, *In Genesi* 2, homilía 12; MG 53,121.

especial y nos la han manifestado, aunque sea en balbuceos. En la Escritura encontramos numerosos ejemplos. Así en el libro de los Números 11,25 se nos dice:

El Señor bajó en la Nube, habló con Moisés y, apartando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos. En cuanto se posó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar (Nm 11,25).

Y Samuel nos recuerda su propia experiencia: «El espíritu del Señor ha hablado por mí, su palabra ha llenado mi lengua.» (2 Sm 23,2). Pero quizá, entre los numerosos testimonios bíblicos, el más bello lo encontramos al final del libro de Isaías, en las palabras de un profeta sin nombre conocido, que Jesús se aplicará a sí mismo en la sinagoga de Nazaret:

El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí,
 porque el Señor me ha ungido.
 Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres,
 para curar los corazones desgarrados,
 proclamar la amnistía a los cautivos,
 y a los prisioneros la libertad;
 para proclamar un año de gracia del Señor,
 un día de venganza de nuestro Dios,
 para consolar a los afligidos,
 para dar a los afligidos de Sion
 una diadema en lugar de cenizas,
 perfume de fiesta en lugar de duelo,
 un vestido de alabanza en lugar de un espíritu abatido (Is 61,1-3; cf. Lc 4).

Es ese Espíritu de Dios —a estas alturas podemos sin duda escribirlo con mayúscula— el que hace posible que la mera palabra humana del profeta transmita la palabra de Dios, sea palabra de Dios, «oráculo del Señor», como tantas veces se repite en la Biblia, y por consiguiente palabra viva, enérgica y eficaz. Es el mismo Espíritu el que pone las palabras de Dios en la boca de los profetas y hace que la palabra de la Ley sea algo más que mera norma humana, transformándose en palabra que da la vida si se cumple (Lv 18,5) o es amenaza segura de frustración si se incumple (Dt 27,26). Es ese mismo Espíritu el que convierte la narración de acon-

tecimientos, la palabra histórica de la Biblia, en palabra que revela la acción de Dios. Es el mismo Espíritu el que infunde al sabio una palabra de sabiduría que, más allá de todo saber humano limitado, es verdadera palabra de Dios. Ciertamente, Israel fue descubriendo todas estas dimensiones de la palabra de Dios poco a poco, comenzando por la más evidente, que es la palabra profética. Y será el Nuevo Testamento quien, bajo la acción del Espíritu, nos descubra todo el sentido y significado de la palabra de Dios contenida en la Escritura, que llega a su plenitud en Jesucristo, la Palabra hecha carne, según nos recuerdan el autor de la carta a los Hebreos (1,1-2) y el comienzo del evangelio según san Juan (1,1-18).

Logramos así desvelar un poco el misterio de la palabra de Dios. No es que él haya articulado palabras de hombre. Él nos ha hablado con palabras humanas dichas por hombres y al modo humano. O, según reza el credo que tantas veces recitamos, el Espíritu Santo de Dios nos ha hablado «por los profetas», es decir, en un lenguaje concreto, histórico, que emplea una lengua determinada, el hebreo, el griego. Como dice bellamente un autor contemporáneo:

¿Cómo es esto posible? Habla Jeremías, con toda su alma, y está hablando Dios; habla san Pablo, con toda su pasión, y está hablando Dios. Algo misterioso tiene que acaecer en Pablo y en Jeremías para que, hablando ellos, hable por ellos Dios. [...] Como una barca que empuja el viento y traza la estela de su viaje, así los autores bíblicos iban hablando, en nombre de Dios, por la acción del Espíritu. A esta acción del Espíritu la llamamos «inspiración», y es acción del Espíritu en orden a la palabra⁷.

El misterio de la palabra inspirada

Hemos quedado en que nuestras palabras son sonidos modulados que tienen la vida del espíritu humano, del soplo racional, el cual las articula y les da un significado y sentido concretos. Y la palabra de Dios es una misteriosa conjunción de la palabra humana y el Espíritu de Dios, que invade a un ser humano, sea este profeta o sabio o evangelista o apóstol.

⁷ L. Alonso Schökel, *La palabra inspirada* (Madrid: Cristiandad, ³1986), 47.

Pero tanto la palabra humana como la palabra de Dios se pronuncian en un momento determinado y dejan de existir al instante. Cuando en mi clase de la Universidad le digo a un alumno que se levante, podrá subsistir el efecto de mi palabra —de hecho el alumno está levantado y no sentado—, pero la palabra como tal ya ha desaparecido. Y es que la palabra es como el viento: sentimos su paso, acaricia nuestras mejillas, nos refresca del calor y ya ha pasado. Cuando el profeta habla, la palabra de Dios resuena en los oídos y en los corazones de quienes la escuchan, pero desaparece al instante, por más que sus efectos continúen. No en vano, siguiendo antiguos dichos clásicos, decimos nosotros que a las palabras se las lleva el viento y hablamos entre veras y bromas de palabras volanderas.

La palabra humana muere un instante después de tener vida. Pero logra perpetuarse en la escritura. Escribir es sembrar palabras para que renazcan un día en el lector con toda su fuerza. Las palabras escritas son como semillas y a ellas se aplica perfectamente aquella imagen de Jesús sobre la muerte y la vida del Hijo del Hombre: si el grano de trigo no muere, no da fruto abundante (cf. Jn 12,24). Escribir es en cierto modo congelar la palabra. El profeta o sus discípulos, el coleccionador de salmos o quien recoge amorosamente las tradiciones orales de Israel, el apóstol que escuchó a Jesús o el evangelista que escuchó al apóstol recogen las palabras de ellos y las siembran en sus escritos. Aparentemente son palabra muerta, como toda palabra escrita. Y, sin embargo, está enterrada en ellas la semilla del espíritu, esperando revivir. Escribir la palabra de Dios para que sea semilla vivificante es también una acción misteriosa en la que intervienen el ser humano y el Espíritu divino. La fuerza por la que es posible esta colaboración misteriosa es la inspiración bíblica. La palabra de Dios escrita es palabra inspirada. Como dice el autor de la segunda carta a Timoteo en un pasaje que se ha hecho clásico a este respecto: «Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena» (2 Tim 3,16-17).

La palabra inspirada se hace escritura y llega así hasta nosotros. Recogiendo unas viejas palabras de san Agustín, el Concilio Vaticano II nos recuerda que Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en len-

guaje humano (DV 12). San Agustín todavía añade que esta conversación se lleva a cabo «al modo humano». ¿Cómo es posible que Dios nos hable en la Sagrada Escritura? Por medio de la inspiración. ¿Cuáles son ahora los hombres a través de los cuales Dios nos habla en palabras santas escritas? Los autores bíblicos inspirados. ¿Cuál es el modo humano de dirigirse a nosotros? La Escritura inspirada. Hablemos un poco de todo ello.

Retomando la intuición de san Juan Crisóstomo que hemos referido hace un momento, el Concilio Vaticano II compara la palabra inspirada de la Escritura con la palabra encarnada de Dios, con Jesucristo:

Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable condescendencia de Dios «para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita»⁸. La Palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres (DV 13).

En efecto, la palabra inspirada es palabra de Dios encarnada en palabra y escritura humanas. El autor sagrado de la Biblia o, mejor, los diversos y desconocidos autores de los textos bíblicos han recibido la presencia del Espíritu de Dios, que ha colaborado con ellos en la composición de la Biblia, a la que por eso llamamos Escritura Santa, Sagrada. La acción misteriosa del Espíritu de Dios en el escritor bíblico hace que el resultado de su acción, la escritura, sea a la vez plenamente humana y plenamente de Dios, de la misma manera que la acción del Espíritu en María hace que el hijo de María, Jesús, sea plenamente hombre y plenamente Hijo de Dios. El cristiano confiesa a la vez y, en cierto modo como parte del mismo misterio, la encarnación del Hijo de Dios en la naturaleza humana y la encarnación de la palabra de Dios en letra y escritura humana. Jesucristo es a la vez Jesús de Nazaret, verdadero hombre sometido a las coordenadas de espacio y tiempo que son propias de la historia, y verdadero Dios, Hijo eterno del Padre que existe desde siempre. La Biblia es para el cris-

⁸ Crisóstomo, *In Genesi* 3,8, homilía 17,1; MG 53,134.

tiano verdadera palabra humana escrita, sometida a todos los condicionamientos propios de cualquier libro: lengua, autores, estilo, tiempo, añadidos, vocabulario; y plena palabra de Dios, diálogo de Dios Padre con sus hijos los hombres, a los que así sale a su encuentro.

No es fácil explicar este misterio. A lo largo de la historia de la Iglesia se han usado muchas imágenes, que por una parte lo iluminan y por otra nos hacen percatarnos mejor de la limitación de nuestro entendimiento. Así, el Espíritu es como el soplo director de la flauta que suena una maravillosa melodía; la melodía es fruto de la flauta y del flautista que sopla con arte, como la Sagrada Escritura es fruto del escritor y del Espíritu divino que inspira al autor humano y le mueve a escribir. La composición de la Escritura es como la elaboración de un dictado dirigido por el Espíritu y realizado por el autor humano; como la ejecución de una carta, cuyas grandes líneas da el jefe de departamento y luego ejecuta el secretario o la secretaria inteligentes; como los apuntes de clase, que recogen la enseñanza del profesor, pero son plenamente escritos por el alumno; como la colaboración de dos autores que producen una única obra. Imágenes tradicionales, que iluminan por un momento el misterio y a la vez ponen de relieve sus oscuridades. Porque ¿puede una flauta ser responsable de la ejecución de una melodía?, ¿puede ser responsable de lo que está escrito quien escribe al dictado?, ¿es verdaderamente autor de la carta el secretario que ha escrito la que firma el jefe?, ¿es responsable el profesor de los apuntes del alumno?

No sabemos con detalle cómo han colaborado el Espíritu y los autores bíblicos para escribir la Santa Biblia, a pesar de que no han faltado entre los entendidos las más variadas hipótesis. En todo caso, el proceso debe haber sido muy complejo, como compleja es la historia y la redacción de ese conjunto de libros que llamamos Biblia. Podemos, sin embargo, intentar seguir el rastro de esta aventura casi inenarrable.

Supongamos que el profeta recibe la fuerza del Espíritu de Dios y anuncia su palabra:

Después de todo esto,
derramaré mi espíritu sobre toda carne,
vuestrós hijos e hijas profetizarán,

vuestros ancianos tendrán sueños
y vuestros jóvenes verán visiones.
Incluso sobre vuestros siervos y siervas
derramaré mi espíritu en aquellos días (Jl 3,1-2).

El profeta, que habla precisamente de la efusión del espíritu en los tiempos mesiánicos, expresa con su palabra a la vez la promesa definitiva que Dios hace a su pueblo Israel y el sueño inalcanzable de los mejores israelitas de su época. Lo hace precisamente en el momento en que se ha producido una gran catástrofe ciudadana, quizás una plaga de langosta que ha asolado las cosechas y sembrado el hambre, día terrible del Señor, que presagia sin embargo otro día en que lo que venga del cielo será el espíritu mismo de Dios. Palabras, anhelos, imágenes, todo lo ha recibido el profeta de las gentes y la cultura de su tiempo, y él se convierte por una parte en portavoz de Dios, por otra en vocero de su pueblo, del que emplea la lengua, cuyos condicionamientos comparte, con quien comparte el mismo código de significación y la misma experiencia social e histórica. El Espíritu de Dios habla por él, palabra del profeta y palabra de Dios coinciden en una encarnación admirable de la palabra divina. La intuición poética de lo que quiere decir la comparte con el Espíritu de Dios. Con él comparte la decisión de hablar. Y a la hora de elegir palabras e imágenes, el Espíritu camina de su lado, hasta el momento en que todo el proceso interior se encarna en palabra humana, que es a la vez palabra de Dios.

La palabra humana del profeta, sin dejar de ser plenamente humana, se ha convertido por un instante en palabra de Dios, pero enseguida ha dejado de existir. Solo perdura en la memoria de sus discípulos, en la impresión producida en sus oyentes, en los efectos que por su fuerza se han llevado a cabo. Un buen día, algunos discípulos del profeta que recuerdan en la memoria sus palabras, que las han meditado largamente y las han anunciado a sus propios contemporáneos, quizá actualizando en parte su significado, deciden ponerlas por escrito. El Espíritu de Dios guía también la mente, la decisión de estos nuevos autores y la mano de estos escritores, que a su vez añaden, quitan y ponen otras palabras junto a las palabras originales del maestro profeta.

Más tarde, esa colección de poemas del profeta, recogida por un grupo de discípulos, es unida a otros dichos del maestro para formar un conjunto, un libro, quizás acompañado de breves notas y explicaciones. Y aquí también está la fuerza del Espíritu de Dios colaborando con los hombres. Después, este conjunto de oráculos proféticos se reúne con los de otros profetas para formar parte de lo que será la Biblia. Y el Espíritu de Dios sigue guiando aquella acción. Y así hasta llegar al volumen editado que hoy tenemos en nuestras manos y ante nuestros ojos.

Las huellas de tantas manos, de tantos profetas, de tantos cambios puede analizarlas el experto crítico literario; la huella del Espíritu a lo largo de tan complejo proceso no se deja someter a análisis, pero resuena y se hace presente cuando Jesús o los apóstoles retoman el oráculo profético y lo hacen revivir, revelando sus profundos sentidos, sus ocultas fuerzas; y allí también está el Espíritu, como cuando Pedro en Jerusalén, el día de Pentecostés, dirigiéndose a los israelitas y extranjeros presentes, les dice:

Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. No es, como vosotros suponéis, que estos estén borrachos, pues es solo la hora de tercia, sino que ocurre lo que había dicho el profeta Joel: «Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán» (Hch 2,14-18).

De nuevo ha actuado el Espíritu en Pedro, dándole luz para recoger lo que otro profeta había dicho y descubrir su cumplimiento en los días del Mesías Jesús. Como igualmente actuó el Espíritu sobre el autor de los Hechos de los Apóstoles, para poner por escrito estas palabras y transmitir las en un libro que la comunidad cristiana, guiada constantemente por el Espíritu, recogió como libro santo para siempre. Así la palabra escrita inspirada se hace Escritura inspirada.

El misterio de la Escritura inspirada

Hemos llegado casi al final de nuestro largo camino. Nuestra Biblia, según lo que hemos dicho, es palabra inspirada, palabra escrita inspirada, Escri-

tura inspirada. Cuanto hemos dicho sobre la escritura humana, tiene aquí también aplicación. Ese largo proceso de siglos, en el que han colaborado los diversos autores bíblicos y la constante acción del Espíritu de Dios, se ha hecho Escritura sagrada en la Biblia que ahora tenemos en nuestras manos. Toda la historia, la cultura, el lenguaje, los condicionamientos sociales, las experiencias y esperanzas del pueblo de Israel y de las comunidades cristianas primeras, pasan por las frases escritas de los autores bíblicos, dejando huellas todavía rastreables mediante esos instrumentos complejos que son la crítica literaria y los diversos métodos exegéticos de interpretación. Igual que sucede en cualquier otra obra clásica antigua que ha llegado hasta nosotros. Y toda la fuerza del Espíritu de Dios, su eficacia y su luz están ahí presentes, por más que sea imposible registrarlos mediante los métodos al uso. El resultado es la obra inspirada. Sus huellas, la vida misma de la Iglesia, la confesión constante de Jesucristo como salvador por gentes de todos los lugares y los tiempos, la fuerza de los mártires, el valor de los vírgenes, el tesón de los confesores, la renovación y reforma de la Iglesia. Como dice con fuerza el Concilio Vaticano II: La Escritura, «inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios» (DV 21).

Desde entonces la Sagrada Escritura se nos ofrece como el remanso donde habita para siempre la palabra aparentemente dormida de Dios. Palabra que resucita cada vez que, bajo la luz y la guía del Espíritu, un cristiano se acerca en la soledad de su habitación a leerla con fe o se proclama abierta y solemnemente en el seno de la comunidad cristiana, congregada en asamblea litúrgica, para celebrar los misterios de Dios y de la salvación de su Hijo Jesucristo. La fuerza del Espíritu se transmite a la palabra, que sigue despertando espíritus, guiando vidas, orientando a personas, consolando en tristezas, fortaleciendo en momentos difíciles, congregando a la comunidad en asamblea, convirtiendo hacia Dios mentes y corazones, descubriendo la verdad que lleva a la salvación, guiando hacia ella de manera eficaz.

El misterio de la lectura inspirada

Y así llegamos al último capítulo de la historia que nos proponíamos contar: cada vez que uno de nosotros se acerca a la Escritura y la lee con es-

píritu de fe, cada vez que se proclama la palabra de Dios escrita en medio de nuestras asambleas, cuando la viejecita o el muchacho que aprende las primeras letras en la escuela leen con apertura de corazón un pasaje de la Escritura, en las largas veladas de trabajo del exegeta especialista que analiza minuciosamente cada palabra del lenguaje original de la Biblia, el Espíritu que vive en la Iglesia sigue actuando.

Recogiendo el sentir y la experiencia de siglos, convencida la Iglesia de la doble naturaleza, humana y divina, de la Sagrada Escritura, el último concilio ecuménico nos advierte por un lado de que, «para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener muy en cuenta los modos de pensar, de expresarse, de narrar que se usaban en tiempos del escritor». Pero a la vez nos recuerda que «la Escritura Sagrada se ha de leer e interpretar en el mismo Espíritu en que fue compuesta» (*Dei Verbum* 12).

Esto último es especialmente importante. Si nos fijamos un poco, quiere decir que el mismo Espíritu que iluminó a los profetas, el que guió a los escritores sagrados, el que acompañó a la Iglesia para seleccionar sus libros santos, el mismo que fortaleció a Jesús de Nazaret a lo largo de su vida, aquel que fue dado a la Iglesia entera en Pentecostés y la guía y la sostiene hoy, ese Espíritu es el que me acompaña en la lectura de la Biblia, el que guía mi mente y mi corazón, aquel que completa las pocas cosas que quizá yo sé por mi formación catequética sobre la Escritura o las muchas adquiridas por mi estudio detallado y detenido de la ciencia bíblica, para que sea palabra de Dios que alimenta mi palabra y vida de Dios que alimenta mi vida cristiana.

Y así el misterio de la palabra inspirada, el misterio de la Sagrada Escritura, se prolonga en el misterio de la lectura inspirada de la Biblia. Por ser palabra humana, este viejo libro requiere mi cooperación y algo de estudio. Por ser palabra de Dios, palabra inspirada, he de abrirme al Espíritu que habita en la Iglesia, si quiero escuchar la invitación del Padre que está en los cielos y sale amorosamente en los libros sagrados al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (DV 21).

5. Final

Hemos llegado al final de la exposición. Y estas son, de manera apretada, algunas de las cosas, las más importantes, que nos enseña la constitución *Dei Verbum* sobre la Revelación Divina del Concilio Vaticano II acerca de lo que es la Biblia, con algún modesto intento de explicación por nuestra parte. No se trata en realidad de nada nuevo. Es lo que desde siempre ha creído y vivido la Iglesia. Que la Biblia es un libro humano, un libro que recoge la experiencia religiosa del diálogo de un pueblo y de una comunidad con su Dios, experiencia entrelazada con su vida y su cultura. Que la Biblia es libro divino, donde se recogen las palabras del diálogo de Dios mismo con el pueblo de Israel mediante los patriarcas, los profetas y los sabios; con el mundo entero mediante su Hijo Jesucristo, palabra de Dios hecha carne. Que la Biblia es recuerdo de ese diálogo y honda experiencia humana, a la vez que palabra viva de Dios en diálogo constante con los hombres. Que la Biblia es libro inspirado, obra humana y obra del Espíritu de Dios. Que la Biblia es norma de vida y de fe para el cristiano que la lee con esfuerzo humano y con corazón abierto hacia Dios en el ámbito de su pueblo, que es la Iglesia. Esto es lo que nos recuerda esa misma constitución, con hermosas palabras que resumen mejor que muchas otras cuanto acabamos de decir:

La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Sagrada Escritura unida a la Tradición. Pues, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutable la palabra del mismo Dios; y en la voz de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del espíritu Santo [...] Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual (DV 21).

¿Es difícil todo esto? Quizás. Así lo pensarán sin duda algunos lectores, al menos desde el punto de vista de la necesaria preparación humana. Para animar a todos a estudiar un poco cuanto se refiere a la Biblia y a leerla sobre todo desde el esfuerzo humano y la apertura confiada en el Espíritu, quizá sea útil concluir estas páginas con una breve y significativa anécdota judía, con la que daremos por terminada la historia que al

principio me propuse contar, con el fin de responder a la pregunta sobre qué es la Biblia. El relato está protagonizado por Rabí Yehudá ha-Nasí, «el Príncipe» o «el Patriarca», uno de los grandes rabinos judíos de la historia, que muere a principios del siglo II tras haber redactado la Misná, importante conjunto de escritos que recoge las tradiciones legales judías hasta el año 200 aproximadamente. La ofrezco con las mismas palabras con que nos la ha transmitido la tradición judía:

Contaba Rabí: Un día llegó un hombre y me dijo:

—Rabí, soy un ignorante. No conozco ni siquiera los cinco libros de Moisés.

—¿Y por qué no los has estudiado?

—Porque nuestro Padre que está en los cielos no me ha dado suficiente inteligencia ni discernimiento.

—¿Cuál es tu ocupación?

—Soy pescador.

—¿Quién te enseñó a tejer redes y a prepararlas para la pesca?

—El cielo me dio suficiente inteligencia para eso.

—Si Dios te ha dado suficiente inteligencia para saber pescar, también te la ha dado para estudiar la Ley, de la que escribió: «No es demasiado difícil, ni está demasiado lejos, [...] la palabra está muy cerca de ti» (Dt 30,11.14).

El pescador empezó a suspirar y a ponerse triste. Le dijo:

—No te aflijas. Otras personas han opinado lo mismo que tú, pero sus ocupaciones demuestran que sus argumentos no tienen validez. Nunca es tarde para comenzar a estudiar⁹.

⁹ Eliyahu Capsali (1483-1555), *Seder Eliyahu Zuta*, 14. Sobre este autor, cf. Y. Moreno Koch, *El judaísmo hispano según la crónica hebrea de Rabí Eliyahu Capsali* (Granada: Universidad de Granada, 2005).